

tidos valiosísimos de chacual y de guante con saque libre ó forzado, que despertaban vivo interés.

Ricos comerciantes, letrados y sacerdotes, alternaban en perfecta armonía con matanceros, artesanos y gente menuda del barrio de San Pablo.

Peritas, Echarte, el tuerto Rebul, propietario; Rodríguez, negociante rico; el canónigo Verdugo y el padre Puebla, eran los héroes de San Camilo.

Se ajustaban valiosos partidos, se servían almuerzos opíparos y nos hacíamos todos los curros para que no perdiera el juego su tinte español.

Los títeres de la calle de Venero, en donde se llevaba el arte á toda su perfección, me sacaban de quicio materialmente me endiosaban.

Aquel negrito enamorado y batallador que desenlazaba á puntapiés todas las escenas; aquel Don Folias que prolongaba el pescuezo y la enorme nariz, con asombro de los niños; aquella Mariquita, querida del Negrito, dulce con el prójimo, bailadora y gazmoña; aquel Juan Panadero que tenía ciertas inconveniencias con el público y aquellos coristas rezanderos y santurriones frente al guardián, y pícaros, fandangueros y tremendos de desvergüenza en su ausencia, eran para mí seres reales, amistades entrañables, afectos á que me habría sacrificado gustoso.

Mi influjo con los titiriteros era decisivo; se escuchaban como de oráculo mis decisiones, citando mi persona con honra y señalándome como recomendación y apología del teatro de autómatas.

El teatro que acabo de mencionar, se encontraba en la calle de Venero: los sábados en la tarde era el convite: los niños más peripuestos y de mejor presencia, paseaban, colgados de bastones lujosos, á los títeres más populares y en marcha triunfal, seguidos de una comitiva de histriones y con la música á retaguardia, recorrían las calles de Mesones, Corchero, Puente de la Aduana Vieja, etc., etc.

Mi padre se hallaba en uno de esos sábados en la casa de mi tío Agustín, entonces panadería, conocida con el nombre de «Horcasitas,» del Virrey que la estableció de resultas de un pasquín que decía:

Desde que en México estás
Se quejan malos y buenos,
Porque el pan se nota á menos
Y las desdichas á más.
Que tú la culpa tendrás,
Nadie lo mienta ni nombra
Porque tu justicia asombra;
Pero eres como el nogal,
Que á ninguno le haces mal
Pero tienes mala sombra.

Caballeros y señoritas, niños y criados, se agolpaban á los balcones al ruido de la música; la gente formaba espesa valla á la orilla de las banquetas, la corriente de sombreros, rebozos, vendimias, etc., etc., rodeaba la procesión.

Formando en ésta en primer término, íbamos marchando gravadosos, los padrinos conductores de los títeres, y en primera línea yo.

Mis padres se asomaron al balcón, y al fijarse y verme mi señora madre en puesto tan distinguido, estuvo á punto de morir de la cólera; mi padre mandó á unos criados á apearne del empleo, y yo solté llorando los títeres, marcando así mi primera derrota como hombre público.

Pero todas estas divagaciones cesaban para mí á cierta hora; entonces, tía Doloritas me reclamaba y volvía á los cuentos y á las lecturas y al culto de sentimientos de ternura, llenos de voluptuosa melancolía y de amor al ideal indefinido que siempre, sin poderme lo explicar, han preocupado mi inteligencia y mi corazón

Un día nos despertó el estampido del cañón, las gentes corrían despavoridas, atravesaban las calles soldados con las espadas desnudas y cundía de boca en boca la nueva del pronunciamiento de la Acordada.

Infelices heridos á quienes conducían del centro á las afueras de la ciudad; mujeres como locas preguntando por sus hijos y por sus esposos; puertas que se cerraban con estrépito; cadáveres de transeuntes desgraciados, víctimas de horrendas descargas lanzadas al acaso desde las alturas. . . . el terror abriendo sus negras alas y meciéndose sobre nuestra hermosa Capital.

Todo lo que se sabía en el vulgo, como explicación del criminal escándalo, fué que el Presidente Victoria, que estaba en Palacio, sostenía á Gómez Pedraza, y que los yorkinos con Zavala, Gobernador del Estado de México, y Lobato, querían á toda costa que nos man-

dase el negro Guerrero, que era resacado de los viejos insurgentes. (Estas eran las mismas palabras del vulgo para explicar la situación.)

Los horrores de aquella época se prolongaban. El hambre ahogaba entre sus brazos descarnados á la población menesterosa y comenzó la gente á salir de la ciudad, como salvándose de una inundación ó de un incendio.

Aquella transformación bárbara de la Capital en campo de batalla; aquellas puertas cerradas; aquel encarecimiento de víveres; la parálisis de los negocios; la cesación del ruido del tráfico para que no se oyese sino el anuncio de la destrucción y la muerte; la falta de alumbrado; los robos repetidos.

Cuanto pasaba en mi alrededor me impresionó hondamente.

Formaba contraste el cuadro lúgubre apenas bosquejado con la alegría de los pueblos de los alrededores; guitarras y almuerzos, paseos en burro y ruidosas meriendas, hacían que el *pronunciamiento* fuera un acontecimiento feliz.

Sabido es que el escándalo de la Acordada se desenlazó solemnizando su triunfo el saqueo del Parián.

El Parián era un vasto edificio que ocupaba poco más ó menos el cuadrado que ahora tiene el nombre de Zócalo.

Por los cuatro costados tenía accesorias que daban á los cuatro vientos, de forma regular y corrida, coronadas por ventanas de hierro de vara y media de altu-

ra, indicando el piso superior destinado á los almacenes.

Las hileras de puertas sólo se interrumpían por las puertas principales que daban á los cuatro vientos y se distinguían las secciones, ocupadas por los propietarios, por los rótulos y las diferentes mercancías.

La parte interior estaba cruzada por callecitas estrechas en todas direcciones, y en el centro una manzana de cajones, que así se llamaban las tiendas todas del edificio.

Aunque el comercio casi único que abrigaba el Parián era de ropa, al frente de palacio se ostentaban, entre otras, los cajones de fierro de los chatos Flores, con su expendio de campanas, rejas, coas para labradores y municiones; viendo á Catedral, había relojerías famosas con grandes relojes de campanitas, de tórtolas y otros adminículos.

Frente al Portal de Mercaderes se ostentaba la gran Sedería de Rico, la Tiraduría de oro de Morquecho y Prieto (mi abuelo), en correspondencia con la nao de China, y los cajones de los Mecas; y del lado de la Diputación acaudalados reboceros como los Sres. Romero y Mendoza.

En el centro existían suntuosísimos cajones, como el de Izita, y otros templos de la moda, y almacén del lujo de aquellos tiempos.

El personal de estos comerciantes conservaba con rigurosa exactitud las tradiciones españolas; los amos de la más pulera aristocracia, bienhechores de conven-

tos y casas de beneficencia, los dependientes irreprochables de elegancia y finura, bailadores famosos, tiradores de espada, buenos jinetes y gente de rumbo y trueno, aunque sujetos á las reglas casi monásticas de sus patrones.

Se aseaban temprano, cerraban el cajón á las doce para comer en comunidad, se encerraban después de la oración, cumplían con la Iglesia y acompañaban al amo á las procesiones.

De todos modos el Parián era el emporio del buen tono, el sueño dorado de las famosas entonces cotorronas, y el bello ideal de las currutacas ó catrinas, que así se llamaba á las polluelas de la época.

Sobre este emporio, sobre este templo del buen gusto, cayó el avalancha de las furias del saqueo para entronizar una invasión salvaje de robos é iniquidades.

Se rompían puertas, se regaban joyas y encajes por lossuelos, se desbarataban cajas con tesoros, se herían, se asfixiaban por arrebatarse lo que cogían, y ni el delirio, ni el incendio, ni el terremoto, puede dar idea de aquella invasión, vergüenza y oprobio eterno de sus autores.

Los ladrones que saqueaban, al salir del Parián, vendían á vil precio los efectos para volver á la carga.

Las calles de la Palma, del Refugio, frente al Empeadrillo y Plateros, se tapizaban con el cambray, los riquísimos paños, los vistosos listones, etc., etc.

Los autores de tantos crímenes se paseaban triunfantes entre los vítores del populacho, ébrio y desenfrenado.

Entre las anécdotas que me han contado sobre el saqueo, recuerdo una que llamó mucho mi atención.

D. F. Gargollo tenía su cajón en la contraesquina del Portal de las Flores, y allí, por su honradez y posición comercial, depositaba gruesas cantidades de particulares.

Entre estos depósitos, figuraba una talega de onzas de oro del Sr. D. Joaquín Obregón, empleado de alta jerarquía, y rico tachado de avaro acaso por la maledicencia.

En medio del tumulto del saqueo, y corriendo mil peligros, se dirigió el Sr. Obregón al Parián, deseoso de salvar su depósito; pero ¡cuál sería su sorpresa al ver, al penetrar en el cajón, que un lépero feroz se colocaba en el hombro su adorada talega, y puñal en mano se abría paso!

Obregón, no obstante, siguió al lépero que tomaba el rumbo de San Pablo; corría, corría el lépero, y Obregón le seguía por callejones y vericuetos hasta caer desfallecido perdiendo toda esperanza de alcanzarle.

Trascurrieron algunos años; nadie se atrevió á hacer reclamo, ni siquiera mención de sus pérdidas. El Sr. Gargollo se fué para España.

Cayó sombra de olvido sobre el suceso que acabo de narrar.

Un día, inesperadamente, recibió el Sr. Obregón carta de España y dentro de ella una orden para una casa de comercio de la capital, para que con su recibo le entregasen mil onzas de oro que había dejado deposi-

tadas en la casa del Sr. Gargollo y fueron robadas el tantos de Diciembre de 1828 en el saqueo del Parián.

El Sr. Gargollo, dispuso antes de morir, que á todos los que habían hecho depósitos en sus casas se les devolviese, no obstante hábersele hecho patente su ninguna responsabilidad, rasgo que por sí sólo pinta el carácter de un hombre.

Los dueños de aquellas fortunas entregadas al pillaje, cayeron, muchos de ellos, al fondo de abismos de miserias.

El señor mi padre, lo mismo que mi tío D. Manuel Rodríguez, eran dueños de cajones de ropa en el Parián, y mis primeras nociones políticas fueron adquiridas al través de aquellas fatales impresiones.

El nombre de liberal y de yorkino eran sinónimos.

El programa democrático lo reasumía la plebe diciendo:

Vivan Guerrero y Lobato

Y viva lo que arrebató.

A los que querían encarecer las existencias de la libertad se les contestaba:

No se borra con lechada

El borrón de la Acordada.

Anúblanse mis recuerdos de esta época para reaparecer una noche del año de 1829.

La ciudad despertó á deshoras de la noche al estampido del cañón, á los repiques á vuelo en todas las

iglesias, á la iluminación espléndida de la última choza y de los más levantados palacios, á los vítores, al regocijo inmenso de todas las clases de la sociedad.

«La rendición de Barradas,» gritaban, corriendo en todas direcciones los vendedores de papeles; las gentes se abrazaban sin conocerse; los tenderos, en sus puertas, destapaban botellas y brindaban con el primero que pasaba; las dianas alborotaban; los cohetes aturdián y á veces el placer se parecía al remedo de la tempestad.

En efecto, Barradas y su invasión quimérica de reconquista habían fracasado en Tampico el 11 de Septiembre de 1829, y las banderas, quitadas á los invasores y conducidas á México por los oficiales Domingo Soto, Wol, Stávoli y Beroski inclinaban el cuello en los balcones de palacio casi avergonzadas de la locura de los partidarios del trono y del altar.

Por desgracia no se sacó partido de acontecimiento tan fausto, y el general Bustamante, que surgía de la misma urna electoral que Guerrero y que fué enviado por éste con el ejército de reserva en auxilio de Santa Anna, se pronunció por el plan de Jalapa, inconsecuente é indigno de las distinciones de que había sido objeto.

En este intervalo, y una sola vez, tuve ocasión de estar cerca del general Guerrero.

Era de elevada estatura y anchos y refornidos hombros, sin corresponder sus piernas largas y delgadas á su busto magnífico; la tez morena, el cabello tosco

amontonado sobre la frente, sus ojos negros de una penetración y una dulzura imponderable, patilla pobladísima, boca recogida y sincera.

Aunque modesto, no tenían encogimiento sus maneras, y su voz tiple y desonante era lo único que repugnaba en él á la primera impresión.

Cerca de él se sentía la bondad de su alma, y tenía ciertos dejos de inocente ranchero que realmente cautivaban.

Yo le ví en la casa de mi tío, Tesorero del Ayuntamiento, que tenía cierta importancia política; se rodeó de chicuelos y nos asombró su parecer sobre nuestros trompos, nuestras chicharras y las graves consultas sobre nuestros papalotes.

Aquel carácter grave y sencillo, aquel talento que hacía olvidar su ignorancia, y aquella bondad que no le abandonó ni en el patíbulo, eran las dotes características de Guerrero.

Un pariente mío, Ticó, que fué su fidelísimo ayudante, me dió curiosos detalles que corroboran mis aserciones.

Sobre su desinterés y moralidad, quiero particularizar un hecho en que no se ha detenido, como debía, la Historia.

En 1821, al partir Iturbide á combatir á Guerrero, se le encomendaron cuantiosos caudales para embarcarlos en Acapulco. Iturbide los detuvo en su poder, faltando aun á sus compromisos de caballero con los particulares.